

En plena era del *prompt* y del *microblogging*, de los *haikus* y de otros poemas virtuales para esa primavera que nunca llega, los aforismos reaparecen insistentemente frescos, atractivos y atrevidos, presentándose como pasajes más que necesarios en la estela de la razón y de cualquier otra arquitectura de innovación con la palabra que busque sentimiento y reacción, tan pura como bastarda, a quien osada o accidentalmente lo lea. En pleno 425º aniversario del nacimiento de nuestro Baltasar Gracián, esta vez el ejercicio de ingenio, profundidad y lucidez viene de la mano del pensador y escritor abulense con raíces vallisoletanas Mario Pérez Antolín.

Idear los insólitos es el título de su obra, ganadora del Premio de Escritura Aforística y del Yo, convocado por el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert. Un recuerdo desde aquí a mi querido descendiente suyo, el gran don Javier. «El que se decida a leer este auténtico compendio de afectos primordiales y de conocimientos transgresores se adentrará en un territorio insólito, donde nada es lo que parece y donde el pensamiento se lleva al límite». En la escritura de Mario Pérez Antolín sobresale «la belleza estilística y la ironía acerada. Dos rasgos que, junto a la enorme imaginación creativa, conforman una voz inimitable en el panorama actual de la literatura y la filosofía españolas».

Entre otras citas, su volumen arranca con el temor de Luis Goytisolo, «lo peor de la vida: que resulte ser exactamente lo que nos habíamos temido». Procede de su *Antagonía* con la alargada sombra de Dante, y continuaba con que «un purgatorio es el que somos castigados no propiamente por las faltas cometidas, sino más bien por nuestra adscripción apriorística a tal o cual condena, a tal o cual sector o campo sometida de antemano a determinada clase de castigo», decía. Este es, pues, uno de los pórticos y caminos por el que abrir paso a nuestra conciencia, ante la cobardía de nuestra exigua e insuficiente mirilla.

Como Gil-Albert, el crisol fragmentario de aforismos íntimos y públicos que nos regala Pérez Antolín es meridiano y brillante, frases que ayudan y animan a enfocar mucho mejor nuestro horizonte vital y mortal, de la manera más incómoda y amable a la vez, de ahí su valiosa pequeña grandeza. En el diálogo y su devenir, enumero a modo de mues-

Aforismos en busca de lucidez



FUERA DE CAMPO

CARLOS GURPEGUI

El crisol fragmentario de aforismos íntimos y públicos que nos regala Pérez Antolín es meridiano y brillante

trario —o, dicho incluso mejor, de *monstruario*— mi humilde selección para la belleza, el descaro y la reflexión. En resúmenes cuentas, un ejercicio de sinceridad: «De todas las potencias del ser humano, la voluntad es la más difícil de destruir; pero, una vez destruida, es también la más difícil de reconstruir. Posee la dureza de lo constitutivo y la constancia de lo durativo».

Más de Pérez Antolín: «La bajada a los infiernos tiene sus niveles. Esto se ve muy bien en los sistemas organizados de reclusión represiva. No es lo mismo ingresar en un campo de refugiados, de trabajo o de exterminio. Incluso el horror posee sus escalas». «Las contradicciones de la realidad nos salvan de la lógica aplastante y autogenerada de las ideologías». «Da lástima tanto el que llora por alguien como el que no tiene a nadie por quien llorar». «El poderoso conmina con su fuerza y el débil conmueve con su desamparo. Cada cual utiliza lo que tiene».

«Para alcanzar la libertad, hay que ser un desposeído; pero, para disfrutarla, hay que ser un poseedor». «Vivo en un país donde los nuevos validos (ahora llamados jefes de gabinete o consultores políticos) pueden ser unos auténticos inválidos intelectuales». «El deseo de llorar, de dormir o de comer acaba cuando uno llora, duerme o come. Solo el deseo de amar no cesa cuando uno ama y ama y ama...». «¿Tú estás del único lado que importa: del de la inocencia y la compasión?». «Eso que llamamos progreso no es más que una sofisticación de la barbarie».

Pocos ríñones de la naturaleza física y espiritual escapan a la capacidad analítica e introspectiva de Mario Pérez Antolín, da igual que se trate de meros detalles del acontecer más inmediato o de los más intrincados conceptos que vertebran la existencia. Eso sí, siempre parte, siguiendo la estela del humanismo renacentista, de su propia experiencia para desentrañar, después, las claves de una sociedad conflictiva y en permanente transformación, para una civilización cada vez más necesitada de la razón y su talento.

Pues como dijo Baltasar Gracián, «más vale un grano de cordura que arrobas de sutileza». Exclamó arrobas, hashtags, apóstrofes y circunflejos, o me permitan mejor acabar con un sencillo «*arroba iacta est, senadoras y señadores ante la boutade más terrible y cotidiana*». Ya lo escribió el propio y añorado Juan Gil-Albert: «Vivir resistiéndose, día a día, a las ventajosas de la adulación y la mendacidad, es sentar plaza vicalicia de héroe».

Carlos Gurpegui es académico y gestor cultural

Estimado Manuel Torralba:

Te escribo porque has reconocido que hay un problema grave de convivencia en los Juegos Escolares y anuncias que vas a combatirlo con pedagogía. Precisamente para esa labor —maestro con 20 años de experiencia, siete titulaciones universitarias (seis en educación) y premio extraordinario de la Universidad de Zaragoza— me pongo a tu disposición desde una óptica constructiva.

Prometes sanciones más duras y pedagogía, y habláis de castigos ejemplarizantes. Pero lo ejemplarizante y lo pedagógico se llevan mal. Endurecer los castigos no es fortaleza educativa: es admitir que algo falla. En educación no actuamos así: responsabilidad, proporcionalidad y justicia son irrenunciables. No se puede hacer responsable a un menor de la conducta de un adulto, ni convertirlo en ejemplo público para que otros aprendan. ¿Debe pagar un hijo por lo que hace su padre? ¿Sería aceptable que, por una desavenencia con un adulto, yo hiciera repetir curso a mis alumnos? Evidentemente, no. ¿Y qué aprende una niña de ocho años castigada por lo que no hizo? ¿Quieres pedagogía? Piaget diría que recibe un castigo incomprendible; Bandura, que los niños aprenden de lo que los adultos hacen, no de lo que dicen, y le has enseñado que la autoridad castiga al inocente; Seligman, que eso es indefensión aprendida; y Aristóteles, que castigar al inocente rompe por segunda vez la balanza que el culpable ya había roto.

Quieres frenar la violencia, pero un castigo injusto rema al revés. Más de una niña ya

No es una sanción más: es una señal de alarma



EL COMENTARIO

ALBERTO ZAPATERO

se plantea dejar el deporte: justo lo contrario de lo que estos Juegos deberían fomentar. Tu propia frase fue: «la gente tiene que ver que hacer las cosas mal tiene consecuencias». Sí, pero la has aplicado del revés: todos los posibles responsables son adultos —quien lanzó el balón, el club si falló en el control, incluso la Federación si no previno el conflicto—, y sin embargo la sanción recae sobre doce niñas que no hicieron nada.

Haya o no imágenes del adulto, el error es el mismo: castigar a inocentes. Y en el vídeo se las ve respetando al árbitro. ¿Cómo se sanciona a quien respeta al árbitro para enseñarle a respetarlo? Repasa las notas de tu Federación este curso. Un cadete que muele a puñetazos a un rival: un año. Otro que empuja al árbitro: un año. Amenazas de muerte a una árbitra, con la Guardia Civil en el campo: cien euros. Un aficionado que increpa al

fisio rival: mil euros. Una invasión de campo: ciento cincuenta euros. Y la sanción más dura de la temporada —final perdida, descalificación del resto del curso y sin Campeonato de España—, ¿para quién? Para doce niñas que no insultaron, no amenazaron, no agredieron y no invadieron nada. No había norma para este caso y tu Comité importó la del fútbol adulto. Pero una norma puede cumplirse al pie de la letra y ser injusta: ampararse en ella no es virtud; corregirla, sí. Nadie pidió evitar a las niñas la frustración de una derrota; se pidió no castigar al inocente. Confundiste a las víctimas con las culpables. Y el error es de enfoque. Lo has juzgado como abogado, cuando los Juegos Escolares no se rigen solo por el reglamento, sino por la educación. Tu función era educar, no sentenciar. Iniciar una etapa sacrificando a inocentes no es pedagogía: es moralmente ina-

ceptable. Por eso te propongo tres cosas: revisar y dejar sin efecto la sanción a las doce niñas, reparar el daño y crear un protocolo escolar con maestros, psicólogos y psicopedagogos.

Los profesionales de la educación nos estamos cansando de que algunas instituciones usen a los niños como instrumento y no como fin. Si quienes gestionan el deporte escolar no entienden que existe por y para los menores, el Gobierno de Aragón y todos los partidos deberían plantearse si es correcto seguir delegándolo en ese organismo. Pero aún estás a tiempo. Mira ese vídeo: muestra a las niñas respetando al árbitro que la sanción dice proteger, mientras el balón lo lanza un adulto; y lo que nadie quiso ver: una niña en el suelo que nadie atendió. No las ignoréis por segunda vez. Estas niñas no recordarán ningún reglamento; recordarán si los adultos que podían arreglarlo lo hicieron. Son tuyas, tan tuyas ahora como cuando visten la camiseta de Aragón. Solo necesitan que alguien las proteja. Eres su presidente: tienes el deber moral de protegerlas. Esa, y no otra, es mi contribución.

Los aragoneses nos jugamos mucho: son nuestros menores, lo más valioso de la sociedad. Y todo se reduce a una pregunta: ¿está la Federación Aragonesa realmente capacitada para organizar los Juegos Escolares? ■

Alberto Zapatero es padre de una jugadora del benjamín femenino del César Augusta